

ron después de él la misma prueba de debilidad, no atreviéndose á encontrarse con su página biográfica. Siendo el último de todos, como simple dragón, acabé por decirles con impaciencia : « Ea, señores, busquen en Olmutz... ¿ Á qué edad y cómo moriré? » ; Cómo latía mi corazón al ir pasando las hojas! Al fin el coronel empezó á leer con su voz de mando : « Carlos Alejo de Auvernia, príncipe de Olmutz... » y después calló, mientras todos se ponían muy pálidos y salían del salón uno á uno, sin mirarme, dejándome solo con el libro sobre la mesa. Lleno de curiosidad, lo abrí en mi nombre y empecé á leer. Pero las palabras se mezclaban, se enredaban, de manera indescifrable; era una cosa atroz aquella confusión de las líneas y de los rasgos de mi destino, donde todo estaba escrito sin que nada fuera lisible...

Tocan á botasillas, Valongo ; el enemigo se se acerca, y no se le esperaba hasta pasado mañana. Ahí debe haber una borricada del teniente Saltacor. Hasta muy pronto, filósofo.

CARLEJO.

## XI

Cinco semanas después de marcharse la Sra. de Fénigan con la prima Elisa, un pequeño ómnibus del camino de hierro, que llegaba de Soisy por la cornisa enteramente blanca y envuelta en una bruma matutina de Noviembre, se paró delante de la quinta de Uzelles. La campana de la verja sonó dos veces, pareciendo atenuar sus vibraciones la niebla : únicamente al segundo llamamiento salieron Rosa Chuchín, su anciano padre y el cochero, que estaban saboreando en el cuarto del jardinero una taza de untuoso café con leche no falsificada, rebosando nata, y con manteca fresca ; en ese mismo momento bajaba del coche la madre de Ricardo, sola, arropada y soñolienta, como después de una noche de largo viaje :

— Rosa, mi cama, estoy muerta de cansancio... dijo el ama al cruzar el patio, sin fijarse en la in-



quietud de sus servidores ni en las tazas alineadas y humeantes en la mesa del jardinero. Necesitábase que estuviera realmente muerta. Sin embargo, la suave temperatura de su cuarto y el volver á sus costumbres ordinarias devolvieron á la buena señora bastante fuerza y vigor para dirigir varias preguntas á la criada :

— ¿ Y D. Ricardo ?

— Está durmiendo... ¿ quiere la señora que vaya á llamarle ?

— No ; lo único que deseo saber es si no ha modificado en nada su modo de vivir.

— En nada... No sale ; se le sirve la comida en la *isba*, donde pasa sus días escribiendo cartas y tirando á la pistola, siempre tarareando según su costumbre... Á veces algún paseo con el Sr. Merivet en el jardín y eso es todo.

— El abate Ceres ha debido venir con frecuencia.

— No señora. Poco después de marcharse la señora tuvo una cuestión con el Sr. cura relativamente á los Lucriot y lo llamaron al obispado de Versalles. Desde entonces no ha vuelto.

— Pobre Sr. Ceres,... suspiró la madre con acento de suave angustia, á que se mezclaba la sensación deliciosa de extender sus miembros entre sábanas perfumadas, calientes, y en una cama que conocía. Rosa no volvía en sí al obser-

var la indulgencia de su ama con el vicario de los indigentes y vagabundos.

— ¿ De modo que Ricardo no ha salido ni aun en domingo para ir hasta la Pequeña Capilla y dar ese gusto á su anciano amigo ?

— Pero, señora, la Pequeña Capilla está cerrada... Desde que se marchó el abate Ceres, el Sr. Merivet no ha consentido que ningún otro cura diga la misa en su iglesia.

— ¡ Qué cosa tan singular ! murmuraba la anciana señora, cuyo beato rostro contrastaba con el supuesto estupor que le causaban estas noticias. La verdad es que estaba al corriente por las cartas del pequeño Napoleón, y ahora se limitaba á comprobar los hechos.

— Dime Rosa ¿ mi hijo no te ha preguntado nunca donde estaba yo ?

— Nunca... D. Ricardo sabía lo que la señora nos dijo á todos, que iba á descansar en casa de D<sup>a</sup> Elisa, á orillas del mar.

Rosa mentía sin reparo, con sus dos astucias superpuestas de campesina y de criada. Estaba enterada por el Sr. Alejandro del suicidio frustrado de su antigua ama y la presencia en Quiberón de la suegra, que se extrañaba de ver regresar sola, pues su regreso indicaba la curación de Lidia. También sabía las angustias que pasaban en Gran-



burgo, los esfuerzos para interceptar los desafíos continuos de Ricardo; hasta hubiera podido informar á la madre del minucioso espionaje á que Alejandro sometía la correspondencia de su hijo, por orden de la duquesa. Pero hacía un instante ya que la buena señora parecía cansada, distraída, oyendo apenas las noticias que más la apasionaban por costumbre, como las pillerías de los lirones y de su jardinero Clemente. Después de haber tomado una taza de leche caliente, que no se parecía á la excelente que estaban bebiendo los criados un momento antes, despidió á Rosa Chuchín, prefiriendo á sus movimientos continuos y su charla la alegría de sentirse sola en aquel cuarto lleno de recuerdos, meciéndose en la melancolía de los ruidos de otoño que pasaban por el nebuloso camino. « Pielas de conejo... trapos... pedazos de hierro... » Hacía más de treinta años que oía la misma voz de mujer, velada y suave, pasear esta matutina melopea, aunque sólo en los meses fríos, pues la ropavejera campesina se ocupaba durante la primavera y el estío en los trabajos campestres. Y en su somnolencia, aquella voz que se alejaba, mezclada con diversas y muy antiguas épocas de su vida, parecía arrastrar haces de recuerdos y de horas muertas. « Trapos... hierro viejo que vender... »

Dos golpes rápidos y conocidos, que sonaron en la puerta, hicieron dar un vuelco á su corazón y abrirse pestañeando los ojos.

—¿ Eres tú, Ricardo? Entra.

Madre é hijo se habían separado fríamente, sin un beso, sin una palabra. Y en cinco semanas de ausencia, ni una carta. Aun ahora, al ver aquel rostro duro y frío, aquellos ojos iracundos que se apartaban de ella, la madre comprendió que el enfado duraba; pero en vez de entristecerse, sonreía, y cogiéndole de la mano á pesar de su resistencia, lo hizo sentar en la orilla de la cama pues tenía mucho, mucho que decirle.

— Más tarde, madre, más tarde... estás muy cansada.

— No... Ya que estás aquí, prefiero que sepas todo inmediatamente. No te vayas y escucha... »

Suavemente, con gran sencillez, empezó la historia de su viaje á Quiberón, diciendo cómo había tenido aquella idea, después de la espantosa disputa, convencida al fin de que los reproches de su hijo tenían fundamento y de que había tenido, lo mismo con Lidia que con los demás, escasez de indulgencia, de ternura, y resuelta á reparar en lo posible el daño que había causado. Después, su llegada á la pequeña localidad, no lejos de Lorient, donde se ocultaba la joven, algu-



nos días de espera y de vigilancia, y al fin, enternecida por aquella existencia solitaria y digna, por aquel abandono soportado con entereza, fué un día á llamar á la puerta de Lidia; refirió su estupor al encontrarse con la joven moribunda, en las manos inexpertas de un médico rural, cuyos bisturíes cortaban temblorosos aquel pecho blanco y rosado para sacar de él una bala de revólver.

Ricardo oía, inmóvil, con la cabeza baja y sin mirar á su madre, para ocultarle sus impresiones, de que ella se daba cuenta sin embargo por la mano que tenía cogida, por aquella mano al principio rebelde y que poco á poco fué soltándose, humanizándose, acabando al fin por abandonarse, por ser de nuevo, como en la infancia, la mano confiada y tierna del niño que pide protección á su madre: « Llévame y no me sueltes. »

... Entregada á aquel oscuro veterinario, Lidia no hubiera sobrevivido de no estar allí afortunadamente la escuadra, y con la escuadra sus cirujanos, hielo, algodones fénicos, todos los antisépticos salvadores, liberalmente puestos al servicio de la herida, gracias á Elisa, que era amiga de todos los oficiales del cuerpo. ¡ Sí, Elisa, la buena muchacha, á quien jamás hubiera creído capaz de caridad continua, de abnegación y discreción: Elisa, que pasó los días y las noches en la caba-

cera de su rival, de su enemiga, para ocultarse cuando Lidia empezó á renacer y á conocer la gente. Y cuando salía apenas de las fantasmáticas apariciones de la calentura, el primer rostro real y vivo que encontró junto á su cama fué el más odiado, el que merecía su rencor y al cual atribuía sus faltas, su suegra. Había sido preciso ir calmando poco á poco aquella alma ulcerada, aún bajo la impresión del último golpe, tan feroz, y luchando contra la térnura y los cuidados que á ella iban. « No, déjeme V., soy indigna..., ni V. ni su hijo olvidarán jamás. Y luego, si ustedes me perdonan, yo no me perdonaré.... Quiero morir... ¿ Con que derecho me impide V. que muera, perversa mujer? » Buscaba á propósito palabras ofensivas, recuerdos trágicos, cenizas que aun ardían sobre sus propias heridas. Por fortuna ya no hablaba á una suegra, sino á una verdadera madre, corazón paciente y sin orgullo ninguno, y que tenía un pensamiento fijo: « Es preciso reparar el daño que he causado. »

¡ Oh, como temblaba ahora la mano de Ricardo, cuán suavemente oprimía la de su madre !...

... De día en día, á fuerza de dulzura y de paciencia, Lidia, tomaba gusto á la vida y se dejaba cuidar, si bien había aun reflejos sombríos en el fondo de sus ojos y seguía llamando « señora »,



á la que siempre la nombraba « hija mía ». Rebelábase sobre todo contra la humillante idea del perdón; y para que terminaran sus resistencias fué preciso el regreso del Sr. Alejandro, encargado por la gente de Granburgo de pagar « los gastos de ruptura ». La enferma oía desde su cuarto el acento altanero, insolente é irritado con que la Sra. de Fénigan despedía al siniestro emisario, encargándole de devolver su dinero á la duquesa. « Pues por rica y avara que sea, nunca tendría bastante de ese innoble dinero para reparar las locuras y los crímenes de su hijo. »

Cuando su suegra volvió al cuarto, Lidia, conmovida al verse protegida y vengada, se echó llorando en sus brazos diciéndole « gracias, madre mía ». Esta palabra de madre que se resolvió por fin á pronunciar, terminó la reconciliación. Todo fué ahora cuestión de tiempo, de atenciones, pues cada día aumentaba la ternura de la Sra. de Fénigan, al convencerse de que la falta de Lidia tenía su origen en el deseo de independenciamiento, en el enloquecimiento de una naturaleza creada para el aire libre y el espacio y que se cree prisionera. Un corazón tan recto, tan afectuoso como el suyo, no podía conservar más que odioso recuerdo de un muchacho tan cruel y frío como Carlejo. Por esta parte no había que temer la recaída, ni

pesar ni reincidencia posible; pero la idea de volver á la vida normal, al hogar, consternaba á la joven. Volver á encontrarse con Ricardo, cuando había sido tan mala para él... ¿Podría olvidar? Su suegra trataba de calmarla: « Tranquilízate, pues te quiere y te compadece, sin haber dejado de amarte un solo día. » Lidia movía la cabeza: « ¿Si estaba V. tan segura de ello por qué le ocultó que venía á buscarme? » Nada hay tan contagioso como el miedo; al ver la timidez de su nuera, la señora dudaba también, y estando ya la enferma bastante bien para quedarse sola, se había resuelto á volver, para decir á su hijo: « Esto he hecho; he dado á tu mujer esperanzas de que podrían todavía ustedes vivir juntos y ser felices. ¿Qué me contestas? »

... Hubo en el cuarto un silencio de muerte. El rostro de Ricardo, siempre invisible, y su mano siempre agarrada, ardiente y temblorosa, á la de su madre. Otra vez la Sra. de Fénigan repitió muy quedo:

— ¿No dices nada? ¿He hecho bien?

Ricardo se arrodilló delante de la cama, sollozando y sin contestar.

Aunque esperaba esta explosión de gratitud, la madre se puso radiante de alegría, considerándose bien recompensada. Pero una cosa la sorprendía y mientras pasaba sus dedos por entre el pelo



corto y poblado de su hijo, se preguntaba : « ¿Por qué no me pide en seguida que le traiga su mujer? » Sentía una vacilación, que no tardó en comprender cuando Ricardo le preguntó, alzando apenas la mirada :

— ¿Y el niño?

— No hay ninguno.

— ¿Ha muerto?

— No vivió.

De un salto se puso en pie y estrechó contra su corazón á su madre.

— ¡Cuánto bien me has hecho ! Si supieras... ese niño... yo que había deseado uno !... Nunca hubiera sido posible una reconciliación con ese recuerdo perenne entre nosotros. Por esto no he tratado ni un solo momento de saber dónde estaba, á pesar de mi loco deseo de verla... Oh, pensaba en esa criatura más que en ella....

Y refirió á su madre que durante su ausencia, oyó una mañana al amanecer unos terribles aullidos, como de un animal degollado, que lo despertaron y le hicieron precipitarse á la ventana. Salían de la granja inmediata, que sin embargo estaba muy tranquila, despertándose según costumbre en medio del cantar de los gallos, el graznar de los patos en sus corrales y los apagados bramidos de los bueyes en el establo. Pronto, en

medio de aquel doloroso quejido que le daba tanta pena oír, inmenso clamoreo que por instantes llenaba el espacio, otro gemido suave y débil, le hizo adivinar un grito humano, un grito de mujer, y comprendió que estaba pariendo la labradora su vecina. Era grande aquella llegada de una nueva criatura en la rosada bruma del naciente día, aquel lamento de mujer que alumbra, mezclado con los ruidos del corral, con los rumores matutinos de la naturaleza, y que se convertía en grito de animal, menos tal vez, en el esfuerzo de una rueda que trabaja en misteriosa maquinaria. De repente pensó que tal vez su pobre Lidia pasaba á aquella hora por los mismos tormentos y le acometió terrible desesperación. « ¡Si me hubieras visto llorando en la ventana !... Debía estar ridículo... Pero se acabaron las lágrimas. Y gracias á ti, madre adorada, va á volver mi esposa y podré verla. Me extraña que no la hayas traído. ¿ Por qué? »

— Estaba todavía muy débil.

La madre sentía cierto embarazo, pues no sabía mentir. Su hijo continuó : « Debe ser tan lúgubre, ese pequeño Puerto Haliguen en los comienzos del invierno. Si volviera á tener ideas de suicidio.

— Pero necesitaba volver, mal chico, pues me escribían que sigues pensando en ese desafío, que



en Granburgo pasan la vida acechando tus cartas.

Y estrechándolo en sus brazos con infinita ternura, la madre, que se daba cuenta de su poder en aquella hora, añadió estas palabras suplicantes.

— ¿Cómo es que mi Ricardo, tan leal y tan bueno, no se compadece de ese padre, de ese soldado herido en plena gloria y que recibe en su sillón de tullido todos los ultrajes, todas las ofensas que mandas á su hijo? ¿Puede idearse ruina más completa? Tener que abdicar su papel de jefe de familia, de defensor, verse reducido á las mezquinidades, á las habilidades de la mujer que vigila los correos y compra los carteros... ¡Qué infeliz! está muriéndose de no poder batirse y morir por su hijo... ¡No te desarma tanto infortunio! »

Ricardo se apartó de los brazos de su madre y empezó á dar paseos por el cuarto : « Si, exclamaba, ya lo sé, nuestro anciano amigo ha venido á repetirme cien veces esto mismo; pero te diré como á él que esas gentes me han hecho demasiado daño para que pueda tenerles lástima. Todos, el hijo, el padre... ¡ah! cuánto he sufrido... »

— Has sufrido sobre todo en tu orgullo. Pero una madre que teme que le maten á su hijo...

— Esos son cuentos del viejo Merivet, replicó suavemente Ricardo... ¿Á quién crees que debo este orgullo que me reprochas?

— ¿Á tu madre, verdad? Pues bien... haz como ella y piérdelo.

— ¿De qué modo?

— Muy sencillo. Entré en la Pequeña Capilla. No te rías... el efecto fué milagroso... Al salir de allí era otra mujer, con una manera de ver y de sentir completamente distinta. ¿Por qué? lo ignoro.

Ricardo contestó en tono ligero, aunque en el fondo estaba más conmovido de lo que quería parecer : « La desgracia es que la capilla está cerrada desde hace un mes. » Ella entonces, sin dejar de mirarlo, añadió : « En efecto, supe esta atroz aventura. ¡Cuán injustos han sido con ese digno sacerdote! Y me alegré mucho al enterarme de que habías intervenido en su favor, yendo á ver al obispo.

— ¿De veras? ¿Pero dices la verdad? »

Su bondadoso rostro resplandecía estupefacto. Sabiendo que su madre era amiga del cura de Drapeil, temía que le desagradara su visita al obispo. Pero la calumnia era demasiado infame. Decir que acusaban al abate Ceres de tener por querida á la hija menor de Lucriot cuando la recogió con sus dos hermanas y su madre, mientras su padre estaba en la cárcel... « ¿Te estremeces de indignación? preguntó á su madre. Sí,